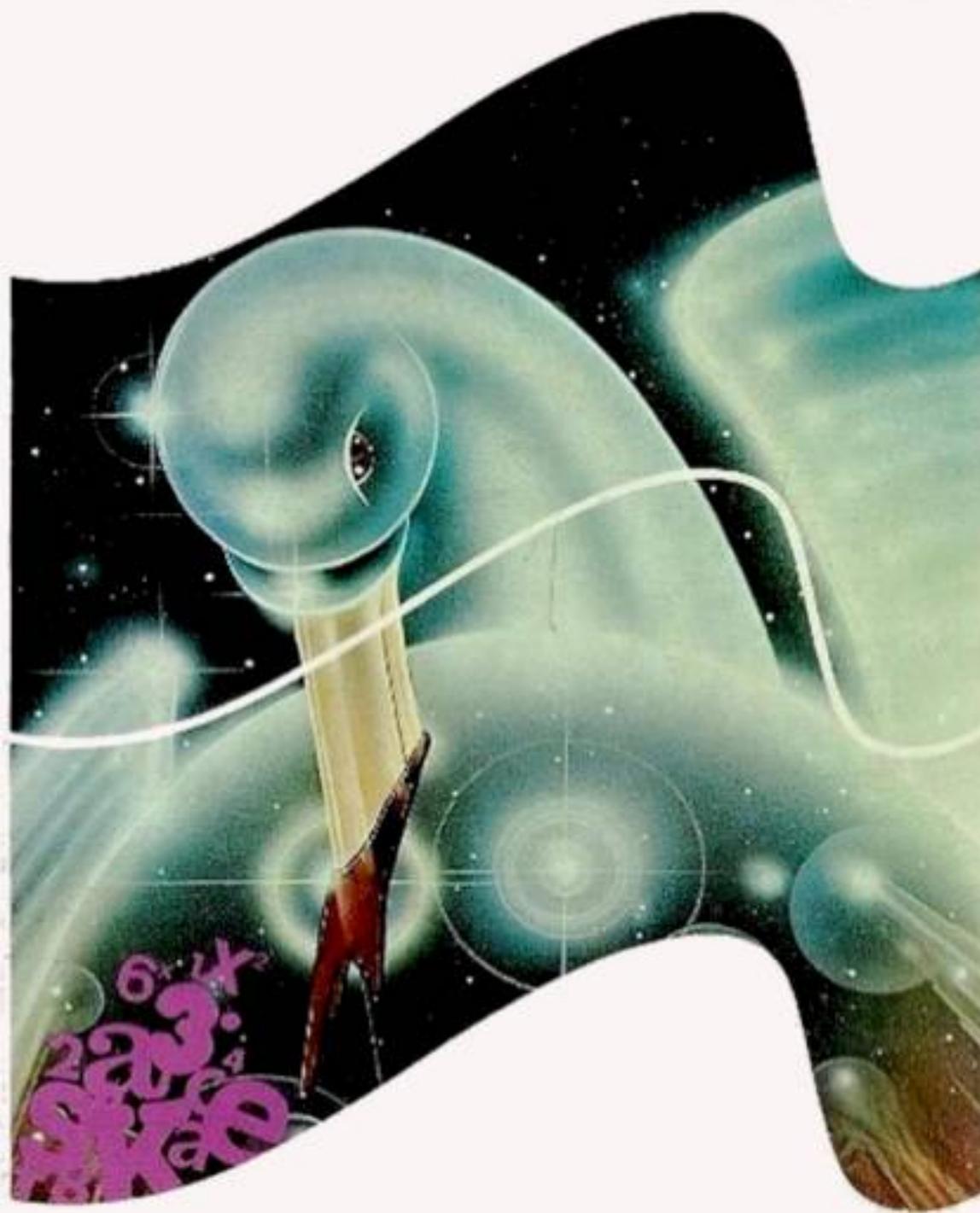


Precaución: ¡INFLAMABLE!

THOMAS N. SCORTIA



Thomas N. Scortia, coautor de «El infierno de cristal» (el best-seller que inspiró la superproducción cinematográfica «El coloso en llamas»), es, ante todo, un asiduo y brillante cultivador de la narrativa fantástica y fantacientífica.

«Precaución: ¡Inflamable!» es una selección de los mejores cuentos cortos de Scortia.

Contenido

- Presentación: ¡Atención, Scortia!, por Carlo Frabetti
- Precaución: ¡inflamable! (Caution! Inflammable!, 1954)*
- Transformación (Sea Change, 1956)*
- Aunque caiga un gorrión (Though a Sparrow Fall, 1965)*
- John Robert y el huevo del dragón (John Robert and the Dragon's Egg, 1957)*
- La última guerra (The Last War, 1975)*
- Cuando escuche la señal (When you Hear the Tone, 1970)*
- Costilla de mujer (Woman's Rib, 1972)*
- Moralidad (Morality, 1969)*
- Narciso en flor (Flowering Narcissus, 1973)*
- Una rubia en el congelador (The Icebox Blonde, 1959)*
- El pez Judas (Judas Fish, 1971)*
- Cuando llegué a Phoenix (By the Time I Get to Phoenix, 1972)*
- ¡Vaya, Wurlitzer! ¡Es un papá! (Gee, Wurlitzer! It's a Dad!, 1971)*
- Vieja, vieja muerte en Nueva, Nueva Venecia (Old Death in New, New Venice, 1975)*
- La esposa del Premier (The Premier's Lady, 1975)*
- La diosa de los gatos (The Goddess of the Cats, 1972)*
- El fatigado río (The Weariest River, 1973)*

PRESENTACIÓN

¡Atención, Scortia!

La mayoría de nuestros lectores probablemente conozcan a Thomas N. Scortia como coautor (junto con Frank M. Robinson) de *El infierno de cristal*^[1], un *best-seller* que inspiró en parte la superproducción cinematográfica de Irwin Allen, *El coloso en llamas*, de extraordinario éxito comercial.

Pese a la indudable relación de *El coloso...* (más el filme que la novela) con la mitificadora corriente del género «catastrófico», la imagen del gigantesco edificio en llamas constituye una acertada e inquietante metáfora de un sistema hipertrofiado y constantemente al borde del colapso, en cuya misma grandeza (una grandeza mal entendida y peor edificada) reside su debilidad.

Y esta misma idea —la del colapso— constituye, bajo una forma u otra, el *leitmotiv* de una parte importante (la más importante, me atrevería a añadir) de la narrativa de Scortia, hasta el punto de que, teniendo en cuenta su omnipresente lirismo, cabría calificarle de «poeta del hundimiento». Hundimiento que puede ser explícitamente catastrófico, apocalíptico incluso, o bien individual, pero de forma que en el hundimiento del individuo quede expresado, simbolizado, el de su decadente cultura.

Es casi obligada, pues, la referencia a Poe y, más concretamente, a *La ruina de la casa de Usher*; y, por si se nos

hubiera pasado por alto, el propio Scortia incluye una estremecedora alusión a Poe en uno de sus relatos más inquietantes, recreando en el sugestivo escenario de una Nueva Venecia marciana las alucinantes imágenes de *La máscara de la Muerte Roja*. Aunque la referencia, sin más, tal vez resultara menos aclaratoria que equívoca, pues, por otra parte, Scortia es un autor que se halla en el polo opuesto de Poe: lo que en éste es desesperación y delirio, en aquél es ternura y esperanza.

¿Esperanza, en medio de tantas visiones catastróficas? Desde luego, y esta aparente paradoja de la obra de Scortia remite a una cuestión mucho más general: el presunto «pesimismo» de la ciencia ficción.

Se ha dicho a menudo, precisamente en función de su abundancia de visiones apocalípticas, que la ciencia ficción es un género eminentemente pesimista, lo que no es más que un error de apreciación, en gran medida derivado de otro difundido error consistente en confundir la ciencia ficción con la anticipación en sentido estricto. La ciencia ficción no pretende adivinar el porvenir, sino más bien prevenir contra las posibles consecuencias de determinadas tendencias actuales, y cuando, por ejemplo, Scortia nos sugiere, casi con un chiste, la idea de una hecatombe nuclear, no pretende convencernos de que ése va a ser nuestro fin, sino recordarnos que *podría* llegar a serlo *si* no ponemos término a una situación sociopolítica descabellada. Como toda la buena ciencia ficción, los relatos de Scortia (al menos los mejores) no pretenden desmoralizarnos, sino invitarnos a transformar la realidad actual señalando sus peligros.

En este sentido, el mismo título del libro es bastante explícito y definitorio del contenido: se trata de una llamada de atención o precaución con respecto a una situación tan inestable y destructiva que muy bien puede ser calificada de INFLAMABLE.

CARLO FRABETTI

1 Precaución: ¡inflamable!

Cuando el editor del periódico de la ciudad recibió la noticia de que un fénix había construido su nido en la mismísima punta de la cúpula del Ayuntamiento, envió naturalmente a su mejor reportero a toda velocidad al lugar de los hechos. El reportero, un intrépido joven conocido por sus múltiples recursos, consideró que iba a lograr muy poca cosa limitándose a observar la inminente inmolación desde el suelo, de modo que, tras sobornar al conserje, se introdujo en la cornisa que bordeaba la cúpula y luego ascendió por la estrecha escala metálica hasta el lugar en donde el pájaro se afanaba en su tarea.

—¿Te das cuenta —dijo, acercándose al fénix— que éste es un lugar muy poco ortodoxo para construir un nido, especialmente teniendo en cuenta el fin que tienes en mente?

—Me doy cuenta —contestó el pájaro, haciendo un alto en su labor—, pero no hay en esta área otro punto más elevado y no me quedan fuerzas suficientes para dirigirme hacia el oeste y hacerlo en algún pico de las Montañas Rocosas.

—Dime —dijo el reportero, recordando sus obligaciones profesionales—, ¿es cierto que no hay más que un individuo de tu especie?

—Absolutamente cierto —respondió el fénix, cogiendo una larga tira de celofán de un montón de desperdicios cuidadosamente colocados en equilibrio en la parte superior

de la cúpula. Luego comenzó a trenzarla hábilmente con el resto de los materiales del nido, siguiendo una pauta complicadamente bella.

—Y cuando te vuelves viejo, ¿construyes un nido y le prendes fuego mientras tú estás en su interior?

—Sí —respondió el ave tristemente.

—¿Y renaces de entre las cenizas?

—Totalmente cierto.

—Pero —siguió el reportero con un estremecimiento— yo creí que eras oriundo del este.

—Lo era originalmente —convino el ave—. No obstante, como el fénix es el símbolo del renacimiento constante de la juventud, decidí emigrar a una localidad más apropiada.

—¿Aquí, en el valle del Mississippi?

—No seas tonto —dijo el ave—. Yo iba camino de Hollywood, pero adiviné que moriría antes de completar el vuelo.

—Entonces, ¿es que puedes vaticinar tu muerte?

—Por supuesto, al igual que otros acontecimientos. Ya ves, tengo el don de la precognición.

—¿Precognición? Eso significa que puedes predecir los acontecimientos, ¿verdad?

—Sí —admitió el fénix, comenzando a introducir un trozo de periódico dentro del nido, que ya estaba casi terminado.

—Entonces puedes predecir cosas como el resultado de las próximas elecciones y quién será el ganador de los campeonatos mundiales y...

—Oh, eso y mucho más —dijo el ave, mientras se colocaba dentro del nido ya acabado—. Pero no me preguntes cosas como ésas —prosiguió—. Todo el mundo anda preguntándome siempre los resultados de los acontecimientos futuros. Me exaspera.

—No era ésa mi intención —protestó el reportero.

—Sí que lo era —le replicó el pájaro—. De todas formas, no quedan más que unos minutos para que den las doce.

—¿Es entonces cuando...?

—Sí —dijo el fénix—. En cuanto sea mediodía.

El reportero permaneció un momento en silencio, contemplando el nido.

—No es éste, en absoluto, el nido que yo hubiera esperado encontrar —señaló finalmente—. Pensé que utilizarías madera de sándalo y otras plantas exóticas.

—Pero, a ver, dime —dijo el pájaro con impaciencia—, ¿en dónde encontraría por aquí madera de sándalo?

—Tienes razón —convino el reportero—. Me he dado cuenta —añadió con un cierto tono de orgullo— de que has utilizado mi periódico para construir tu nido —y señaló una ancha tira de papel de diario en la que se podía leer el titular *The Gazette* y debajo, en negro, el encabezamiento de un artículo.

—Sí, aunque no posee una textura muy satisfactoria. — El fénix se removió incómodo—. ¿Tienes hora buena? —preguntó.

—Son las doce menos un minuto —respondió el joven periodista—. Supongo que entrarás en ignición de manera espontánea.

—Me temo que hay una parte de la leyenda que no es totalmente cierta —dijo el fénix—. Habitualmente, siempre me ayudaban.

—Oh —exclamó el reportero—, no lo sabía. ¿Me permites que te ofrezca una cerilla?

El pájaro echó una mirada a los titulares del periódico, cuyo encabezamiento decía: «Hoy, a las doce del mediodía, prueba de la superbomba de nitrógeno».

—No va a ser necesario —dijo.

2 Transformación

A treinta pies bajo el mar yace el padre;
de coral están hechos sus huesos;
hay perlas donde estaban sus ojos:
nada en él se ha marchitado,
pero ha sufrido una transformación
y se ha convertido en algo valioso y extraño.

La tempestad, canto de Ariel

Brillaba... como una aguja de fuego...

¿De quién era esa voz? Él no lo sabía.

Lo interestelar... dos de ellos...

Entonces se pusieron a hablar todos a la vez, mezclándose caóticamente sus voces.

Se están dirigiendo a Plutón para la prueba —dijo alguien.

Hermoso... Estamos esperando... esperando...

Aquella era la voz de ella. Sintió una frialdad en su pecho.

Eso era lo más terrible de su aislamiento, pensó. Que podía escucharlo todo.

No solamente lo que se decía en la oficina del superintendente, en Marsópolis, donde se encontraba sentado en aquel momento.

Sino en todas partes.

Todos los susurros del sonido, enlazando el sistema con pulsaciones de radio c-cubo. Todas las medias palabras, los medios pensamientos, desde los planetas hasta las estaciones espaciales situadas mucho más allá, de Plutón.

Y la soledad era algo que se convertía en una súbita agonía que sollozaba junto a su oído. La soledad y la pérdida de dos mundos.

Y no es que no pudiera hacer callar las voces si lo deseaba, las voces distantes que formaban un entramado en el espacio con la velocidad cubicada de la luz, pero...

Podía también acallar todos los pensamientos de los seres humanos y alcanzar ese estado displicente y fetal que se logra cuando simplemente se existe.

Había una voz que musitaba los números del cargamento. Realizó un pequeño cambio mental y la bien ajustada masa de transistores, profundamente insertados en su cuerpo de plástico y metal, le suministró una voz clara y aguda. Se trataba de una nave de transporte triplanetaria en el cinturón crepuscular de Mercurio. Y captó la imagen fugaz de unas llanuras secas y abrasadas bajo un sol monstruoso y cegador.

Luego una voz dijo: *Muy bien... situación tres... ocho... seis y calcula diez para la caída libre...*

Procedía de más allá de Saturno... Y le vino a la memoria una visión: cintas brillantes de luz, enlazándose en un sobrecogedor cielo azul.

Pensó: «No volveré a verlo nunca.»

Y: Espacio Faro Tres a MRX Dos Dos... Espacio Faro Tres... Alfil a cuatro torre de reina.

Y luego aquella voz suave, aquella voz diferente: *Bart... Bart... ¿dónde estás? Bart, adelante. Oh, Bart...*

Pero la ignoró.

En lugar de entrar en contacto con ella miró a la receptionista y observó cómo sus dedos describían complicadas formas sobre el teclado de la máquina eléctrica.

Bart... Bart...

«No, ya nunca más», pensó. Para él ya no había nada más que amargura. El aislamiento de un ser apartado de la humanidad. La soledad. ¿Amor? ¿Afecto? Esas palabras no tenían significado en aquella existencia.

Los finos dedos se movían sobre llaves de plástico y en el papel blanco florecían interminables tallos de palabras.

Se dio cuenta de que se había convertido en un ritual para él aquel viaje el primer miércoles de cada mes a la silenciosa ciudad marciana de Triplanet Port. Era un tributo formalista a algo que estaba totalmente muerto..., un ritual vacío, un gesto débil, ineficaz.

Aquella mañana le habían comunicado que no habría nada.

—No, nada —le había dicho la joven de la oficina del Super—. Nada en absoluto.

Nada para él, en su gris mundo robótico, sin tacto, sin sabor.

Ella le miró de la misma forma en que lo hacían todos, todos aquellos a los que veía a través de sus mudos ojos sobre su magnífico rostro humano modelado en plástico.

Esperó... escuchando.

Cuando el Super entró, sonrió y dijo:

—Hola, Bart. —Y luego, haciendo un gesto con la cabeza, añadió—: Entremos.

La joven expresó con un gesto hosco su silenciosa desaprobación.

Una vez se hubieron sentado, el Super dijo:

—¿Por qué no regresa a casa?

—¿A casa?

—A la Tierra.

—¿Es ésa mi casa?

Las voces susurraban en su oído mientras el Super fruncía el ceño y encendía un cigarro negro.

Y: *Bart... Bart... Caballo cuatro a... tres abajo... dos abajo... Más allá de Deimos, mientras el sol brilla en sus flancos... Bart...*

—¿Qué es lo que intenta hacer? —preguntó el Super—. ¿Aislarse del mundo completamente?

—Eso es algo que ya ha sido consumado —dijo él—. Y muy eficazmente, por cierto.

—Mire, permítame que le hable con crudeza. Nosotros no le debemos nada.

—No —dijo él.

—Usted estaría muerto ahora —dijo el Super.

—Supongo que sería así —admitió él.

—Podría regresar mañana. A la Tierra. Una nueva vida. Nadie tiene que saberlo, a menos que usted insista en decirlo.

Él miró sus manos, unas manos perfectamente surcadas por venas, unas manos muy humanas. Y sus muscudos muslos, donde los pantalones celotérmicos se ceñían a sus piernas.

—Sus técnicos hicieron un excelente trabajo —convino—. En realidad, éste es mejor que mi viejo cuerpo. Más fuerte. Y durará más. Pero...

Flexionó las manos patéticamente, observando la forma en que las suaves tiras de plástico contráctil articulaban sus dedos.

—Pero el disfraz no engaña a nadie, y usted lo sabe. Estamos hechos para una cosa.

—Yo no puedo cambiar la política de la Compañía —dijo el Super—. Sí, ya sé que el experimento no ha sido un éxito. De cualquier forma, era un mal compromiso. Nosotros necesitábamos algo un poco más sólido, algo más que un ser humano para pilotar esas primeras naves. Las reacciones humanas, la velocidad de sus impulsos nerviosos eran demasiado lentos y el equipo electrónico demasiado voluminoso. Pero no estábamos dispuestos a enfrentarnos

a los hechos. Intentamos el compromiso..., mantener la forma humana.

—Nosotros les proporcionamos lo que ustedes necesitaban —dijo él—. Les proporcionamos pilotos para sus naves. A cambio nos deben algo. ¿Usted cree que yo hubiera firmado su contrato, sabiendo que cuando finalmente muriera ustedes colocarían mi cerebro en algo que no es humano?

—Bueno, nosotros cumplimos el contrato. Nosotros le salvamos de la destrucción, a usted y a un centenar como usted. Todo a cambio de la capacidad que sólo ustedes poseen. Fue un trato limpio.

—Muy bien. Entonces deme una nave. Es todo lo que deseo.

—Ya se lo he dicho antes. Dirija una estación de radio.

—No.

—Mire, una de las interestelares está siendo probada en este mismo momento. Y existen estaciones más allá de Plutón.

—¿Estaciones? ¿Por qué iba a permitir que me confinen en una de esas estaciones? Completamente inmóvil. ¿Qué tipo de vida sin sentido es ésa, una existencia como unidad cerrada durante años, sin el más mínimo contacto con la humanidad?

—Las estaciones no son algo sin sentido —replicó el Super. Se arrellanó en su asiento y golpeó la mesa con la palma de la mano—. Usted sabe que el Impulso Bechtoldt no puede ser instalado dentro de los pesados campos gravitatorios del sistema. El Campo Bechtoldt explota en esas condiciones. Por eso necesitamos las estaciones. Se construyen para instalar el impulso después de que la nave abandona el propio sistema, utilizando sus motores atómicos.

—No ha contestado usted todavía a mi pregunta.

—*Stargazer I* está destinada a una de las estaciones transplutonianas. *Stargazer II* le seguirá dentro de unos

días.

—¿Así pues...?

—Puedo conseguir una si lo desea. Oh, no vaya a pensar que es una forma de quitárnoslo de encima. Nosotros no actuamos de esa forma. Las dos últimas naves explotaron porque los pilotos no pudieron dominarlas. Necesitamos el mejor, y ése es usted.

Hizo una pausa durante un largo segundo.

—Esto también puedo decírselo —continuó el Super—. Hemos colocado todos nuestros huevos en esas dos canastas. Si cualquiera de ellas fallara, pasaría un siglo antes de que nadie volviera a intentarlo de nuevo. Estamos cansados de limitarnos a estos nueve planetas. Estamos decididos a ir a las estrellas ahora, y usted puede formar parte de la empresa.

—Eso solía tener un significado para mí, pero... —extendió ágilmente sus manos—. Al cabo de un tiempo, uno comienza a dejar de identificarse con la humanidad y sus aspiraciones.

Inició un movimiento para levantarse, y entonces el Super dijo:

—Usted sabe que no puede dirigir una nave moderna o una estación ligado a un cuerpo humanoide. Resulta demasiado ineficaz. Tiene que formar parte de la estructura.

—Ya se lo he dicho antes. Eso no quiero hacerlo.

—¿De qué tiene miedo? ¿De la soledad?

—Ya he estado solo antes —dijo él.

—Entonces, ¿de qué?

—¿Que de qué tengo miedo? —sonrió con su mecánica sonrisa—. Tengo miedo de lo que ya me está pasando.

El Super guardó silencio.

—Cuando comienzas a perder las emociones básicas —continuó él—, las formas básicas de pensamiento que hacen que seas un ser humano, bueno, pues... ¿De qué tengo miedo? Tengo miedo de convertirme aún más en una máquina —concluyó.

Y antes de que el Super pudiera añadir nada más ya había salido.

Una vez fuera, se subió la cremallera de su chaqueta celotérmica y se ajustó el respirador. Luego elevó el reostato situado en la parte delantera de la chaqueta hasta que la pequeña joya luminosa que había sobre el reostato relampagueó suavemente en la tenue luz del amanecer. Obviamente, no tenía necesidad del calor que le proporcionaba su traje, pero aquella mascarada, el disfraz que tenía por finalidad conferirle un aspecto totalmente humano, hubiera estado incompleto sin ese toque vital.

Mientras recorría su camino de regreso, sumido en aquella luz gris perla, estuvo escuchando a un lado y a otro la multitud de voces de las naves de transporte. Oyó fragmentos del comercio que se realizaba en centenares de puertos y siguió con la imaginación el rápido progreso del *Stargazer I* más allá de la órbita de Urano, hacia su encuentro con la estación en la que se le acoplaría la Impulsión Bechtoldt.

Y luego pensó: «Señor, si pudiera realizar el salto con ella. *Pero no a ese precio..., no al precio que tuvieron que pagar los otros, Jim, Martha, Walt y... Beth.*»

La ciudad había cobrado vida en el intervalo de tiempo que había pasado mientras él estaba en la oficina del Super, y a su lado pasaban numerosas y apresuradas figuras, semejantes a osos, enfundadas en sus ropas celotérmicas y sus respiradores transparentes. Todos ellos le ignoraban por completo, y durante un momento sintió el loco impulso de arrancarse el respirador de la cara y quedarse allí esperando.

Esperando, agresivo, desafiante, para que alguien se fijara en él.

Los cambiantes letreros de neón brillaban a lo largo de las amplias calles, y de vez en cuando un coche eléctrico,